VI

Antes de escuchar el diálogo entrambos reyes, querríais conocer á Metztlixochitl y saber cómo vestía ¿verdad? Bien: os lo diré.

Cubría su cabeza, adornada de cabellera negra con reflejos azulados, una corona de fino metal, esmaltada, en que dominaba el azul celeste, rematando en un penacho de plumas verdes. Era hermoso su rostro; tal, que lo envidiara la esposa é hija de Ptolomeos, Cleopatra, la mujer y reina que con una mirada y una sonrisa hizo estremecer el Imperio Romano, enloqueciendo á dos Césares y haciéndose admirar de la soberbia Atenas. De sus orejas colgaban pendientes de turquesas rodeadas de otras piedras preciosas, vibrantes y de irisados cambiantes al más leve movimiento. Una amplia túnica de tul-rosa, tan tenue, tan transparente que permitía lucir la belleza del desnudo, prendida á la garganta, á través de un collar de rosadas perlas, con broches de rubíes y topacios, se deslizaba por su simbaterne talle, formando ligeros pliegues en la cintu-

ra, y, distendiéndose traidora en las marcadas convexidades de aquella soberana extructura, besaba apenas, con la orla recamada de oro, en las carnosas pantorrillas. Las torneadas muñecas de unos brazos rollizos y desnudos y de manos pequeñas y sanguíneas, se engalanaban con anchos brazaletes de oro bruñido. En la diestra sostenía el cetro, una hoja de nenúfar artificial, como el signo de su poder. El cuerpo, de escultura griega; á haberlo visto Praxísteles, seguramente hubiese roto la estatua de su clásica Venus, á la que sirviera de original la bella Friné, para modelarlo de nuevo en Metztlixochitl. El color moreno de sus carnes que se esfumaba tras los encajes y gazas de una diafanidad irritante, no lo hubiera desdeñado la fundadora de Cartago, la inmortal Dido. Sembraban el vestido ricos adornos é insignias gerárquicas de los toltecas. Calzaban sus piés diminutos, atributo distintivo de la raza, sandalias de fino junco bordadas de plata y brillantes, con zuela de oro. Ceñía el vestido, inmediatamente bajo de aquel seno de Psiquis, terso y duro como el mármol, una venda de piel delgada, guarnecida de ópalos, á modo de cíngulo, pero de tal manera colocada que las borlas le caín hacia adelante. Sobre sus hombros y ensanchándose á sus espaldas la envolvía un manto azul, adornado de una franja de hermosas plumas.

Inmóvil, pensativa, con la mirada fija en Quetzal, hacia desfilar por su imaginación toda una tirada de vagos recuerdos, soñando quizás con un poema de fantaseados amores.

Quetzal á su vez la observaba de hito en hito.

Ella rompió aquel silencio embarazoso.

—Deciais que erais el rey tlaxcalteca? . . . . . ¿Ten-

driais la bondad de contarme cómo fuísteis destronado?—Interrogó con la voz dulce y armoniosa.

—Sí, señora, nada más sencillo—contestó Quetzal—Mi historia breve tiene un poco de fantástica. Veréis: Apenas lo recuerdo. . . . . sí, pero era niño aún cuando fuí arrebatado por una águila sagrada y transportado al noveno cielo. Educado entre los dioses hasta la edad de la adolescencia, por un fenómeno fatal ¡más me valiera vivir eternamente allá! fuí enviado por ellos á la tierra para tomar posesión de mi reino. Lo disputé á Huetzin, asesino de mi padre, que á la sazón lo gobernaba. Vencido en la demanda el intruso, subí al trono Puse en práctica sabias enseñanzas é introduje costumbres morales, desconocidas hasta entonces por el pueblo predilecto de los dioses; de este modo logré colocarlo á la altura de un engrandecimiento y adelanto tales que no se había visto nada más. Proscribí de los ritos los sacrificios humanos y las crueldades bárbaras ejercidas sobre los pueblos sojuzgados; y cuando todo estaba concluido y creí que ya podía descansar confiadamente, surgió del seno de los magnates y los nobles una conjuración. No pretendí, señora, luchar ni retener el mando, antes bien lo dimití con placer. Me sentí lastimado por la ingratitud monstruosa. Hubo en mí un poco de egoísmo. . . . . tal vez de venganza. . . . . perdonad este rasgo. Presiento, y aun entreveo en lo porvenir, que la ambición enseñoreándose de las clases elevadas hará girones el manto real. . . . . Las luchas intestinas, darán pronto cuenta del poderío de Tlaxcala. . . . . Perdonad una vez más la digresión. Pues bien, señora, caído ya, se me impuso el destierro, acompañándome solamente en mi fatigosa peregrinación los fieles que habéis visto. En busca de gratos lares puse

el pié en vuestro reino y aquí me tenéis. . . . . Esperad: uno de los genios de las aguas me auguró que la felicidad y la nueva patria la encontraría en la primera tierra habitada con que tropezase; me reveló el nombre de vuestros dominios. Disculpadme esta confidencia, ni es grosera jactancia, ni alarde de vanidad, ni menos superchería. De cualquier modo os protesto, que no me animan sino la sinceridad y los respetos á vuestra alteza. Si no pudiese vivir aquí con los míos, seguiré adelante—terminó su relato con melancólica resignación.

—¡Oh, infortunado rey, decís verdad!—repuso la reina.—Un sueño del que me desperté alborozada hace varias noches me dió á conocer en parte vuestra historia y cercana presencia. Veréis cómo.

Dirigiéndose á Tecpatl, su esclava favorita que se hallaba en pie y á su derecha, la ordenó:

—Decid al sumo Pontífice (1) que comparezca ante mí con su libro divino (2) para explicar el sueño de la otra noche. Ya tú le conocéis, anda, no tardéis.

A pocos momentos un venerable anciano se presentó respetuosamente, con un infolio de cortezas de árbol pulimentadas, ante la reina Metztlixochitl y el ex-rey tlaxcalteca.

—¿Qué me ordenáis, hija del sol?—interrogó con voz meliflua el astrólogo.

—Explicad el sueño de la otra noche. . . . . —contestó ella.

El agorero tras de breves preparativos del ritual, examinó los signos de cada uno y lentamente con acento

(1) Achcauhtli.
(2) El Tonalamatl.

solemne, expresó: «Veíais allá, reina y señora, muy lejos, la flama de una antorcha que á las veces paseaba riente ó saltaba retozona sobre el horizonte de encrespadas montañas; otras, descendía veloz á la hondonada parpadeando con precipitación ó vaguedad, ó se extinguía de súbito para reaparecer más cercana, más esplendente, sobre la colina. Otra en sentido contrario, corría á su encuentro: se cruzaban, volvían por su misma dirección, permanecían inmóviles por algunos instantes una frente á otra; se extinguían, volvían á encenderse y entonces ¡oh maravilla! aquella rondaba á ésta y repentinamente se enlazaron formando ambas una sola radiosa antorcha que permaneció estacionaria alumbrando una vasta extensión con su luz vivísima. A poco la luz solar teñía de oro la cresta de la montaña y paulatinamente, más intensa, opacaba la antorcha hasta apagarla . . . . ¿Recordáis otra cosa, señora?

—Nó.

—¿Acaso he variado el fondo de vuestro sueño?

—Tampoco. Así fué—expresó la reina—sólo agregaré que de seguida me desperté regocijada porque esa luz alumbraba mis dominios. No recuerdo de otro detalle. Continuad, pues.

—Bien, ahora lo decifraré. La luz que mirábais á través de la distancia y sobre abrupto horizonte—indicó en tono grave y sentencioso el agur, entornando los ojos, abriéndolos repentinamente y elevándolos otras veces, como en dulce éxtasis—aquí está, es el rey Quetzal, amigo y protegido de los dioses. Vos sois la otra, la que marchaba á su encuentro. . . . . Para lo porvenir, unidos formaréis la antorcha luminosa del bien y de la paz que fulgurará aun en los más apartados rincones de vuestro reino; el cual, creedlo, será muy poderoso. ¡Uníos, pues!

Al terminar su relación, algo fatigado, hizo un profundo ademán de respeto á los reyes y rogó:

—¿Me concedéis vuestra venia para retirarme?

—Podéis hacerlo—contestó la reina.

—Gracias—y se marchó por donde viniera con el libro divino.

—¿Oís, señor?

—Aún no vuelvo en mí por tan placentera nueva—exclamó gozoso Quetzal—¡Dioses! ¿he soñado? ¡Qué hermoso despertar! ¿Será verdad tanta dicha? Perdonadme—y se paró ligero de su asiento para besar con fruición y embeleso, primero en los diminutos piés de la reina, luego, atrevidillo, en sus carnosas pantorrillas.—Soy vuestro siervo, dueña mía, mandadme y os obedeceré ciegamente. ¿Qué más? Si lo consentís, seré vuestro fiel esposo y os adoraré más allá de esta vida: en los cielos. . . . . .

—Nuestro destino lo han unido los dioses. . . . . Está bien. . . . . seré vuestra esposa y vuestra esclava—respondió la reina un tanto turbada y con el tinte de rubor estampado en sus sedosas mejillas.—Además, siento que os amo ya y tal vez os amaré siempre. . . . .

Terminaron su apasionado coloquio con una mirada húmeda, penetrante, abrasadora, y lo sellaron con castos y pudorosos besos en los labios.

Mandó la reina que sus esclavos preparasen al punto á su prometido, habitaciones deliciosas y confortables, señalando de común acuerdo para la ceremonia religiosa de bodas, el primero del mes siguiente—Julio,—en que se festejaba á la diosa Centeotl.

—Podéis verme cuando queráis—indicó Metztlixochilt á Quetzal, despidiéndolo con una dulce sonrisa.

—Gracias, señora de mi corazón, adios—y fuese á sus estancias guiado por Tecpatl.

VII

Al siguiente día comenzaron los preparativos de las bodas reales.

El reino de Ocelotlán estaba de plácemes.

La sociedad de coronados, los primeros caballeros de la comarca, despacharon correos en todas direcciones á los principados, señoríos y cacicazgos limítrofes, comunicando la buena nueva é invitando para la ceremonia.

Muy válido corría el rumor, hasta en los lugares más apartados, de que la hermosa y joven reina Metztlixochitl se desposaba con un enviado de los dioses, quizás con un ser divino que hubiese encarnado en Quetzal, misterioso rey tolteca, para hacer la felicidad de aquellos pueblos.

Orgullosos y regocijados se mostraban todos.

Sólo los príncipes reinantes fronterizos con quienes no había estrecha alianza, temblaron por su automonía. Terror y espanto les causó la estupenda nueva.

Empero, concurrirían á los festejos para ocultar sus

temores, reanudar relaciones y jurarle al futuro rey alianza y fidelidad. Así temerían menos de la invasión.

Los alentaba además, un poco, el que el príncipe zapoteca, que pretendiera con obstinación desde hacía varios años la mano de Metztlixochitl, no vería con buenos ojos que un advenedizo, por más que viniera precedido de una historia legendaria un tanto sobrenatural, pero á la vez un rey sin corona, hubiera sido preferido á él, poderoso y reinante. Su despecho les favorecería en todo caso. Si no se presentaba en la ceremonia ni mandaba embajador, señal era clarísima de una guerra próxima.

Sea de ello lo que fuere, mientras el horizonte aclaraba, ellos rendirían homenaje al rey de Ocelotlán.

El matrimonio debía verificarse en la gran capilla del palacio.

Aquí de esa colonia de artistas y sabios de Quetzal.

¿Quién mejor que ellos, maestros de la belleza y omnicientes aún de las más enrevesadas patrañas del saber, podrían transformar los palacios, los templos y la ciudad entera en paraíso fantástico ó en sueño mágico? Por eso con afán y maestría pusieron mano en la decoración de la gran capilla, en el adorno de la metrópoli y en otros alifafes.

Bien sabéis que todos los palacios eran un conjunto de muchos edificios, los unos de mármoles, los otros de maderas finas y todos con un lujo espléndido, haciéndolos hasta cierto punto, quiméricos, entre otras bellas cosas, el oro y la plata de los salones, que abundaba bajo las más artísticas formas, y aquellos portentosos plumajes de pájaros americanos, de tal modo raros, que el ave del paraíso apenas si era de lo más vulgar. Figuraos que para guardarlos había un palacio especial servido por trescien-

tos esclavos. Todas las Américas daban su tributo de escogidas aves. Además, cada palacio tenía su capilla; la del palacio de la reina era un suntuoso templo. Su forma era oblonga, perfectamente orientado y constaba su pirámide de cuatro pisos revestidos de pulidos sillares. Una escalinata exterior de noventa peldaños, de un pié de alto cada uno, permitía subir por el lado del Poniente á todos los pisos, el último de los cuales remataba en una vasta azotea.

Colocaron en su recinto los artistas del futuro rey de Ocelotlán dos santuarios, dedicados uno á Chalchicue (1) y el otro á Tlaloc. (2)

Esculpieron en alabastro dos admirables ídolos, adornados de vistoso plumaje y collares de precioso metal con incrustaciones de esmeraldas y zafiros, para representar á estas divinidades, de un tamaño colosal, á fin de que todos los viesen á bastante distancia, ya desde los otros edificios del palacio, ya desde los encantadores jardines y kioscos de la reina, ó bien, desde los extensos patios del pavimento de obsidiana y sílex que se extendían al frente de la capilla, al punto que se descorriesen los pabellones que los cubrían.

Frontera á los santuarios, y fuera del templo, veíase la piedra techtatl (3) rematando en filo como el lomo de un asno, para obligar á los hombres tendidos sobre ella á doblar el cuerpo: así se facilitaba abrirles el pecho y arrancarles el corazón. . . . . .

Oficiarían los sumos sacerdotes y las sacerdotisas, vírgenes consagradas á Himeneo.

(1) Diosa del matrimonio.
(2) Hacedor supremo; dios de las aguas.
(3) De los sacrificios.

Las paredes las revistieron de láminas de oro á guisa de tapices, en las cuales cincelaron, á la derecha, la leyenda cosmogónica de los cuatro soles. El primero, Atonatiuh, ó sea el primer curso solar que destruyeron las aguas, estaba simbolizado así: en un fondo de agua azul, con círculos concéntricos, remedando el oleaje, divisábase apenas el techo de una casa anegada y sobre él la agonizante silueta de un sér humano con el rostro y los brazos al cielo, implorando misericordia; á un lado alzándose y hundiéndose al vaivén de embravecidas olas, un ahuecado tronco de ahuehuete: la barca en que se salvaron del diluvio, con el fuego del hogar, Nata y Nena; dentro de las aguas y sobre la encrespada superficie nadaban diversidad de pescados, y allá sobre nubes, la diosa Matlacueye, severa y tonante, presidiendo el cataclismo con un haz de rayos en la mano. El segundo, Ehecatonatiuh, el período solar terminado por el Huracán, de este modo: en la parte superior del cuadro veíase la mitad de un sol desplegando airado su formidable cauda de sierpes; sobre él cabalgaba Quetzalcohuatl con un manojo de plumas de quetzalli en la diestra; á sus lados cuatro cabezas fantásticas, redondas, abotagadas: eran los vientos desencadenados por los cuatro puntos cardinales; abajo, multiplicadas espirales, torbellinos espantosos, estrechando con furia casas, árboles y monos que se agitaban con los espasmos de la agonía y las muecas de la impotencia; y cubriéndolo todo, esfumando los objetos, desvaneciéndolos, una atmósfera asfixiante, polvorienta, negruzca. Sólo en una gruta, allá en la brumosa lejanía, departían alegremente un hombre y una mujer. El tercero, Tletonatiuh, la edad destruida por el fuego, en esta forma: un trozo de tierra rojiza, resquebrajada; en el fondo, rocas calcinadas por el continuo calor

de fuego, rodando en espantoso estruendo de los montes á los valles; á derecha é izquierda erupciones volcánicas enlazando con rabia sus bermejas lenguas, que como trombas incandescentes, producían una lluvia ígnea; en medio del abra de un peñasco aparecía la abermellonada cara del dios Xiuhtecuhtli como eructada por el cráter de un volcán, y aquí y allá, parvadas de pájaros azorados revoloteando ciegos y con el pico abierto. Sólo en la oquedad de una gruta, llenos de espanto, estaban el hombre y la mujer que se salvaron de la catástrofe. El cuarto, sol de tierra, Tlaltonatiuh, de esta manera: en un campo sembrado de cadáveres, víctimas del hambre, bandadas de asquerosos buitres de graznar estridente y meznadas de coyotes grises de aullar famélico, hacían su lúgubre festín. Ni un árbol ni una fuente. La esterilidad abrumadora. A un lado del cuadro, apenas dibujábase borrosa la figura de Xochiquetzatl (1), como única nota grata, con algunos tallos de plantas, hojas y flores. Arrojaba semillas á una pareja humana, única sobreviviente al desastre, que las devoraba con avidez.

En la parte lateral izquierda del templo cincelaron la cosmogonía del quinto sol.

La escena pasa en Teotihuacán.

En consejo de dioses resolvióse que Tecuciztecatl y el buboso Nanasatzin alumbrasen el mundo. A media noche, revestidas las divinidades con sus mejores arreos, Nanasatzin colocó resueltamente sobre una de las dos pirámides la imagen del sol. Tecuciztecatl, tras largo vacilar, llevó la luna, irresoluto, á la otra pirámide, y para darle menos brillo que á aquél, uno de los dioses le asestó en el rostro un golpe con un conejo.

(1) Divinidad de los amores.

Como á pesar de los mandatos de las deidades no se movían los astros, fué necesario que el dios del viento soplase terriblemente para hacerlos caminar; pero lo hacían torpemente y de mala gana. Entonces ¡horror! se decidió por la muerte de todos los dioses Xolotl murió el último, á pesar de sus ayes, sus lágrimas y continuas trasformaciones. Cumplido esto, el sol y la luna caminaron como un reloj.

Estas eran las leyendas toltecas.

En el fondo del mismo templo colocaron dos ricos tronos; á su pié, alfombras dos escabeles de oro y pebeteros. A los lados, en las columnas de jaspe y mármol de las naves, y los arcos tallados de ébano, prendieron guirnaldas de flores y variedad de grecas y mosaicos de bello plumaje.

Encantador aspecto presentaba la ornamentación de la gran capilla.